

BERLÍN, 1944 - 45:

UN PROYECTO DE NAZISMO ESPAÑOL*

Xosé M. Núñez Seixas

(Universidad de Santiago
de Compostela, España)

Constituye poca novedad afirmar que el fascismo español fue un proyecto prácticamente abortado desde su nacimiento, al menos en comparación con los que serían sus modelos ideal-típicos a imitar, como eran el alemán y el italiano. Carente de masas con anterioridad a julio de 1936, muy condicionado por sus concesiones a la cosmovisión católica, sin fuerza suficiente como para imponerse a sus competidores en el bando contrarrevolucionario que se yergue en armas en la guerra civil española, el proyecto de Estado totalitario falangista no fue capaz de superar su supeditación al ejército y a la Iglesia Católica. Además, los propios pensadores primigenios del fascismo español, con la excepción quizás de Ramiro Ledesma Ramos, fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) en octubre de 1931, se caracterizaron por el prominente papel reservado a la religión católica y por sus dudas a la hora de otorgar un papel totalitario al Estado, identificado a su vez con la nación.

Lo anterior no significa que entre buena parte de sus élites intelectuales y entre sus bases militantes, curtidas por la experiencia de la lucha callejera, la disciplina paramilitar y el fervor cuartelero de la guerra civil, estuviese ausente el espejismo de una España fascista libre de concesiones a los poderes retrógrados. El mito de la revolución falangista, permanentemente hipotecada frente al gran capital, la Iglesia Católica y el ejército, se mantuvo latente entre buena parte de los militantes de las antiguas JONS, de FE y

* Una primera versión de este trabajo fue publicada en *Historia Social*, Nº 51, 2005, pp. 21-47.

de la posterior Falange Española Tradicionalista y de las JONS (FET-JONS); y fue manejado en parte como una eficaz arma propagandística y hasta de reclutamiento de nuevos afiliados¹. A su vez, también permitía mantener una esperanza de hegemonía en el nuevo Estado franquista, alimentada en parte por la estela triunfante de los modelos exteriores. Entre ellos, y sobre todo, la rutilante estrella del III Reich alemán.

Con todo, ninguna formulación fascista de nuevo cuño emergió en España entre 1936 y 1945 que fuera más allá de apelar a la tradición falangista, al sueño fundacional de la revolución pendiente y a la memoria de José Antonio Primo de Rivera, Onésimo Redondo y demás líderes fascistas muertos. Desde el hedillismo hasta los minoritarios grupúsculos falangistas que se situaban en una suerte de semioposición tolerada al régimen a comienzos de la década de los cuarenta, todos se limitaban a invocar más o menos fielmente el legado de los fundadores².

LA SOMBRA DEL ÁGUILA

La invasión a la Unión Soviética por la Alemania nazi el 22 de junio de 1941, pareció ofrecer a ojos de cientos de militantes de base y simpatizantes de FET-JONS una nueva oportunidad. Si España quería ser definitivamente un Estado fascista, debía unirse al carro del vencedor. La germanofilia de las bases falangistas, pero también de simpatizantes de la coalición antirrepublicana de 1936, que constituía la base sociológica de apoyo al régimen franquista, se expresaba por ejemplo en las decenas de cartas de felicitación que recibió la Embajada alemana en Madrid en fechas como la capitulación de Francia, los cumpleaños de Adolf Hitler o el comienzo de la Operación Barbarroja³. Católicos de comunión diaria y hasta curas párrocos rurales veían en las tropas de la Wehrmacht una suerte de instrumento divino que serviría de nuevo Arcángel San Miguel para derrotar al maligno, personificado en la Unión Soviética y el comunismo ateo, pero también en la pérdida Albión y sus aliados demócratas. El ser instrumento de la derrota final del Anticristo soviético contribuiría involuntariamente a que a su vez la atea

¹ Sobre la historia del falangismo existe una nutrida bibliografía. Vid. entre otros Stanley G. Payne, *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997; Joan M. Thomàs, *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999; y José Luis Rodríguez Jiménez, *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000.

² Vid. Joan M. Thomàs, *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001. Sobre el ultranacionalismo falangista, vid. Ismael Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

³ Vid. numerosos ejemplos en Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (PAAA), Berlín, Akten Deutsche Botschaft Madrid, Reg. Pol. Allg., 555/1, Cajas 764 y 766.

Alemania nazi se redimiese de su pecado original: la conversión del III Reich a la única Verdad llegaría cuando éste aplastase a la Bestia⁴. Buena parte de la oficialidad intermedia y baja del Ejército español compartían igualmente una admiración por la invencible máquina militar germana, la consecución de un «resurgir nacional» antimarxista y autoritario, y el agradecimiento por la ayuda prestada a los rebeldes españoles durante la Guerra Civil⁵. A fin de cuentas, el anticomunismo era un barniz unificador que hacia afuera limaba diferencias en la coalición insurgente de 1936. El antisemitismo compartido, aunque sólo fuese en un nivel retórico y con orígenes diferentes del racismo nazi –el integrismo religioso en el caso hispánico–, permitía igualmente expresar un entusiasmo germanófilo a amplios sectores del franquismo sociológico español en 1941.

¿Y los falangistas? El reclutamiento de miles de voluntarios entre las bases de FET-JONS a comienzos del verano de 1941 para alistarse en la llamada «División Azul», enviada al frente ruso en julio de ese año y que allí permaneció hasta febrero de 1944, y por la que pasaron más de cuarenta y seis mil españoles⁶, halló en un principio una fervorosa acogida. Diversas motivaciones llevaron a los jóvenes falangistas a alistarse. Dejando aparte a los oficiales y suboficiales del ejército en busca de méritos de guerra, así como a los cientos de voluntarios o reclutas del ejército forzados a alistarse por diversas causas, no cabe duda de que para muchos voluntarios falangistas la División Azul aparecía como la oportunidad de oro para acumular méritos guerreros con que, a su vuelta, imponer el Estado totalitario con el que soñaban. La admiración por el III Reich de todos estos sectores también era de naturaleza ideológica. No obstante, la imagen que muchos pudieron forjarse de la Alemania nazi antes de conocerla era vaga e imprecisa. No existían nacional-socialistas españoles, es decir, fascistas que fuesen en sus formulaciones totalitarias más allá de la ortodoxia falangista más o menos fundacional. Algunos grupúsculos adoptaron de forma clandestina simbología nazi, o constituyeron asociaciones de apoyo a la «Gran Alemania».

⁴ Vid. Alfonso Lazo, *La Iglesia, la Falange y el fascismo (un estudio sobre la prensa española de posguerra)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998, pp. 165-75.

⁵ Algunas indicaciones en Gabriel Cardona, *El gigante descalzo. El ejército de Franco*, Madrid, Aguilar, 2003, 59-64.

⁶ Entre las varias descripciones de la historia militar y diplomática de la División Azul, cf. Raymond Proctor, *Agonía de un neutral: Las relaciones hispanoalemanas durante la segunda guerra mundial y la División Azul*, Madrid, Editora Nacional, 1972; Gerald R. Kleinfeld y Lewis A. Tams, *La División Española de Hitler. La División Azul en Rusia*, Madrid, editorial San Martín, 1983; Klaus-Jörg Ruhl, *Franco, Falange y III Reich. España durante la II Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 1986; Xavier Moreno Juliá, *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-45*, Barcelona, Crítica, 2004, y José Luis Rodríguez Jiménez, *De héroes e indeseables. La División Azul*, Madrid, Espasa-Calpe, 2007.

Pero no existía ningún proyecto madurado de nazismo español. Los más entusiastas partidarios del III Reich se definían a sí mismos como falangistas fieles al legado de sus fundadores, profundamente hispánico. Y si pedían apoyo alemán apenas iban más allá de demandar el respaldo del III Reich para una efectiva «falangistización» del Estado, el ejército y la Administración, permitiendo que los fascistas españoles ocupasen los puestos clave en todas las esferas. Pero manteniendo, pese a la deseada ampliación del «estilo imperial falangista», el carácter cristiano del fascismo español, que no osaba cuestionar el liderazgo de Franco⁷.

El catolicismo permanecía en muchos de esos ultrafalangistas como un valor a preservar del ateísmo observado en la Alemania nazi. Y bastantes de ellos, incluyendo a los veinte mil voluntarios que atravesaron la Polonia y la Bielorrusia ocupadas por los nazis entre agosto y septiembre de 1941, no dejaron de expresar dudas al contemplar la distancia que mediaba entre el antisemitismo retórico-discursivo de raíz religiosa, más un racismo cultural que biológico, y el antisemitismo eliminatorio puesto en práctica por los nazis. De hecho, los voluntarios españoles pudieron ser testigos de algunas de las secuelas de esa política antisemita en su camino al frente del Este, particularmente a su paso por ciudades como Osmiana o Grodno, en sus estancias de permiso o como convalecientes en los territorios del Reich o en sus paseos por Vilnius y Riga, localidades donde existían hospitales españoles de retaguardia⁸.

Ahora bien, cierto es igualmente que los testimonios autobiográficos y publicísticos legados por muchos de esos voluntarios también transmitían una imagen idealizada de la Alemania nazi como solar de la auténtica revolución fascista, nacional y social a un tiempo, a la que ellos aspiraban. Rara vez encontraremos en las autobiografías y memorias reflexiones sesudas sobre los principios y las teorías del nacionalsocialismo alemán. Sí es prácticamente omnipresente en los relatos divisionarios la apelación como motivación para partir voluntario al difuso europeísmo nazi, tan idealizado y glorificado en la posguerra, el lamento por la derrota de «Europa», la civilización cristiana occidental, frente a las hordas bolcheviques, y la mención del móvil

⁷ Escrito anónimo dirigido al embajador alemán en Madrid, 13/07/1941, suscrito por «falangistas y padres de cruzados», en: PAAA, Akten Deutsche Botschaft Madrid, Reg. Pol. Allg., 557/2, Caja 766.

⁸ Para más detalles, vid. nuestros artículos «Russland war nicht schuldig: Die Ostfronterfahrung der spanischen Blauen Division in Selbstzeugnissen und Autobiographien, 1943-2004», en: Michael Epkenhans, Stig Förster y Karen Hagemann (eds.), *Militärische Erinnerungskultur. Soldaten im Spiegel von Biographien, Memoiren und Selbstzeugnissen*, Paderborn: Schöningh, 2006, pp. 236-67; y «Als die spanischen Faschisten (Ost) Europa entdeckten: Zur Russlanderfahrung der «Blauen Division» (1941-1944)», *Totalitarismus und Demokratie*, 3:2, 2006, pp. 323-44.

européista, la creación de una Europa confederada en un nuevo ideal... Ese discurso repetidamente propagado por el régimen tenía una traducción en las motivaciones de los voluntarios más afines a los valores que afirmaba defender la División Azul. Y aparece de modo particularmente destacado en las novelas de inspiración autobiográfica escritas posteriormente por antiguos voluntarios falangistas. En ellas se encuentran pasajes en los que se deja traslucir una más que cierta admiración por las conquistas sociales del III Reich, su edificación de un bienestar colectivo del que disfrutarían todos los estratos sociales y particularmente la clase obrera –aunque se ignoran o se omiten sus costes raciales, es decir, a la población racialmente excluida de ese peculiar Estado del bienestar penetrado por un profundo sentimiento de pertenencia interclasista a una comunidad nacional–, su supuesta plasmación de un fascismo revolucionario sin concesiones a terratenientes y burgueses capitalistas, al clero y a todos aquellos sectores sociales «decimonónicos» que estarían impidiendo que en España se levantase algo parecido⁹. También se acostumbraba a retratar en los textos divisionarios una Alemania de retaguardia idílica, alegre y feliz. Una sociedad germana unánimemente comprometida con el esfuerzo de guerra del III Reich, plena de bienestar, al menos en relación con España, pese a las privaciones crecientes y los masivos bombardeos que debía sufrir. Y además una sociedad mayormente laica e infinitamente más liberal en costumbres, particularmente en todo lo referente a las relaciones de género, que la mojigata y tradicional España franquista de la que venían los voluntarios¹⁰.

El espejismo de un III Reich feliz, donde reinaría una solidaridad nacional sin grietas, influyó en un fenómeno sin duda secundario dentro de la historia del fascismo español, pero tal vez ilustrativo de sus limitaciones o, si se quiere, de una posible vía truncada por las circunstancias geopolíticas: la incorporación de numerosos veteranos de la División Azul y su sucesora, la efímera Legión Azul, que no volvieron a España a fines de 1943, a los que se unieron nuevos voluntarios que cruzaron clandestinamente los Pirineos desde comienzos de 1944, y trabajadores españoles enviados a Alemania desde 1941 –tanto por el régimen franquista como, desde 1943, refugiados republicanos en Francia conminados por las autoridades de ocupación alemanas a ingresar en la Operación Todt– y que se convirtieron al nacionalsocialismo durante su estancia en este país, ingresando en la Wehrmacht o en las Waffen SS¹¹.

⁹ Vid. por ejemplo Luis Romero, *Tudá*, Barcelona, Acervo, 1957.

¹⁰ Vid. por ejemplo el relato coetáneo de J. R. J. y F. I. L., «La partida», *Mensaje. Revista trimestral. Jefatura Territorial de FET de las JONS en Alemania*, 1-2 (julio-octubre 1943), pp. 38-46; o Manuel Álvarez de Sotomayor Gil de Montes, *Generación Puente*, Alicante, García Hispán, 1991, p. 156.

Estos «irreductibles» –como así los denomina la publicística inspirada por los círculos organizados de veteranos de la División Azul– son considerados a menudo como un fenómeno marginal, en el que abundarían sobre todo los aventureros y pseudos-delincuentes. O bien como una nota romántica que sirve de epílogo a la historia de la propia División Azul¹². Otros autores han destacado su importancia y relevancia, hasta el punto de mostrar de forma un tanto arriesgada cómo esos voluntarios serían la mejor muestra de que dentro del propio falangismo español anidaba el germen de un fascismo colaboracionista a la Quisling¹³.

Si nos aproximamos a las motivaciones y rastros dejados por estos voluntarios, podemos apreciar que se trata en su mayoría, en efecto, de una mezcla de aventureros fascistas muy de época, veteranos incapaces de superar el trauma de la vuelta a la normalidad de la sociedad civil, trabajadores españoles en Alemania que buscaron una vía de supervivencia esperando una oportunidad para desertar, e idealistas. Muchos de ellos, atendiendo a su testimonio en cartas y memorias, estaban movidos únicamente por el espejismo del «europeísmo» nazi, la convicción de que la victoria de la URSS en la II Guerra Mundial iba a implicar un derrumbe del sistema de valores de la civilización occidental que afirmaban encarnar. En 1944-45, las bases más convencidas de FET-JONS, incluyendo a muchos camisas viejas, compartían esa creencia¹⁴.

Es más, cuando la División Azul (y poco más tarde su efímera sucesora, la Legión Azul) fue retirada del frente ruso entre octubre de 1943 y marzo de 1944, las numerosas protestas de cuadros locales y provinciales de FET-JONS mostraron claramente el descontento de la militancia ante lo que se consideraba una traición a los camaradas alemanes y a la «lucha por Europa». El antiguo consista y profesor universitario Santiago Montero Díaz llegó a entrevistarse en julio de 1944 con emisarios alemanes para convertir a los voluntarios españoles de la Wehrmacht en una suerte de punta de lanza de un fascismo radical y colaboracionista. Tales planes, con todo, nunca se llevaron a la práctica¹⁵.

¹¹ Cf. informe del embajador español en Berlín, 18/08/1944, e informe del embajador español en Eslovaquia, Berna, 21/04/1945, en Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), Madrid, R-2299/2 y R-2192/36.

¹² Raymond Proctor, *Agonía de un neutral*, pp. 269-76. Vid. igualmente Moreno Juliá, *La División Azul*, pp. 204-09.

¹³ Wayne Bowen, *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order*, Missouri UP, Columbia, 2000, pp. 196-219.

¹⁴ Cf. por ejemplo Santiago Montero Díaz, *Mussolini 1919-1944*, Madrid, Escuela de Formación y Capacitación de la Vieja Guardia, 1944, pp. 43-45.

¹⁵ Extracto del informe del *Sonderstab F*, 07/07/1944, en: Bundesarchiv-Militärarchiv (BA-MA), *Freiburg im Breisgau*, RW 5 / 431.

Empero, ninguna de esas iniciativas iba más allá de invocar el consabido europeísmo y la fe en el Nuevo Orden, la defensa de los valores de la cristiandad y la civilización occidental, el respeto a los ideales del bando insurgente en la Guerra Civil o el legado de los fundadores falangistas. El programa ideológico para los nuevos soldados españoles de la Wehrmacht y las Waffen SS sería elaborado fuera de los círculos pensantes del falangismo español, aunque consistiría en buena parte en una radicalización, o si se quiere una estilización simplificada, de varios de los postulados presentes en el ultranacionalismo falangista de 1936-41. Artífices de ese programa, al menos en germen, serán un convencido nazi de larga trayectoria, Wilhelm Faupel, y un estrambótico personaje, el sacerdote católico Martín de Arrizubieta. Ambos, a través del periódico *Enlace*, publicado en Berlín en castellano, expusieron en 1944-45 un proyecto de nacionalsocialismo genuinamente hispánico que adoptase todos los elementos fundamentales de su modelo alemán, incluyendo el antisemitismo biológico-genético, sin abjurar del pensamiento conservador y reaccionario español.

VIDAS PARALELAS

Wilhelm Faupel (1873-1945), militar de carrera, tenía tras de sí una dilatada experiencia como oficial de Estado Mayor, instructor, profesor de la Escuela Militar de Buenos Aires (1910-13) y comandante de un Freikorps actuante en su Silesia natal en los convulsos años que sucedieron a la derrota alemana en 1918. En el año 1921, Faupel volvió a marchar como instructor militar a Argentina, donde fue asesor personal del Inspector del Ejército, el general José Félix Uriburu –posterior presidente del país tras el golpe de Estado de septiembre de 1930–, y se convirtió en uno de los líderes más nacionalistas de la colonia alemana de Buenos Aires. En 1926 abandonó la Argentina, tras la dimisión de Uriburu de su puesto por desavenencias con el gobierno radical de Marcelo T. de Alvear, y en 1927 asumió el puesto de Inspector General del ejército peruano. Volvió a Alemania en 1929, y allí entró en relación con círculos afines al nacionalismo radical de tendencia *völkisch*. En 1934, convertido ya en un miembro entusiasta del NSDAP, fue nombrado director del Instituto Iberoamericano de Berlín (*Iberoamerikanisches Institut, IAI*), fundado pocos años antes. Faupel concibió el proyecto de convertir el IAI en una plataforma de proyección exterior hacia Latinoamérica y el mundo hispano en general, y desde él adquirió cierta influencia en la formulación de la política del III Reich hacia Sudamérica, jugando un activo papel de

intermediario entre el mundo político y cultural iberoamericano, español y alemán. En noviembre de 1936 Hitler le nombró primer embajador ante el Cuartel General de Franco¹⁶.

El paso de Faupel por la embajada fue accidentado. A pesar de las instrucciones recibidas en Berlín, Faupel intentó inmiscuirse en las intrigas políticas del bando franquista, con el apoyo activo de su sociable esposa Edith Faupel. El respaldo decidido de la pareja a los sectores disidentes del partido falangista opuestos a la unificación acabaron por desacreditarle ante el general Franco, quien consiguió forzar su relevo en el verano de 1937. Faupel consideraba que el auténtico fascismo revolucionario que creía ver en los falangistas cedía paso en España a una orientación meramente conservadora y ranciamente católica. De su experiencia española, el tudesco conservó un círculo de colaboradores falangistas que se llevó con él a Berlín. Y abrigó el íntimo convencimiento de que el auténtico fascismo español estaba por nacer. Retornado a la presidencia del IAI, Faupel desarrolló desde él excelentes relaciones con las SS y su Servicio de Seguridad (Sicherheitsdienst, SD), y desde 1942 se interesó en brindar todo el apoyo posible a los voluntarios españoles de la División Azul, así como a los más de diez mil trabajadores españoles reclutados para trabajar en Alemania.

En el IAI se editaban de modo regular tres revistas sobre temas iberoamericanos. Y a partir de septiembre de 1944 la institución berlinesa pasó igualmente a editar el semanario dirigido a los trabajadores españoles en Alemania, *Enlace*, que en su primera época había sido editado bajo el exclusivo control del aparato exterior de FET-JONS. Igualmente, mediante el manejo de fondos de oscuro origen, el matrimonio Faupel llegó a proveer más de 800 subsidios y becas a estudiantes españoles y latinoamericanos, así como a algunos veteranos de la División Azul y trabajadores españoles en Alemania, incluyendo sin reparo a más de un refugiado republicano reclutado a la fuerza por el III Reich tras la conquista de Francia¹⁷. La institución sirvió igualmente de punto de apoyo para los voluntarios españoles de la Wehrmacht que tras febrero de 1944 se hallaban de paso por Berlín, deseaban contactar con las Waffen SS o simplemente buscaban un lugar donde se hablase castellano¹⁸.

¹⁶ Oliver Glied, «Wilhelm Faupel. Generalstaboffizier, Militärberater, Präsident des Ibero-Amerikanischen-Instituts», en: Reinhold Liehr, Günther Maihold y Günther Vollmer (eds.), *Ein Institut und sein General. Wilhelm Faupel und das Ibero-Amerikanische Institut in der Zeit des Nationalsozialismus*, Frankfurt am Main, Vervuert, 2003, pp. 131-279.

¹⁷ Vid. algunos casos en Geheimes Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz (GStA), Berlín, I. Ha 218-259.

¹⁸ Vid. Miguel Ezquerro Sánchez, *Lutei até ao fim: memórias dum voluntário espanhol na Guerra 1939-1945*, Lisboa, Astória, 1947, pp. 131-35; Juan X-Carrillo, «La ayuda a los voluntarios españoles», *Enlace*, III: 14, 01/10/1944, p. 3.

Que Faupel buscara dotar de programa y contenido a los voluntarios españoles de la Wehrmacht y las Waffen SS que seguían luchando por el III Reich era hasta cierto punto de esperar. Como lo era que la Alemania nazi jugara con los españoles la misma carta que había jugado en otros casos, sobre todo en los países ocupados, como era el crear un movimiento fascista a su imagen y semejanza, un fascismo títere, que fuese más fiable a la hora de utilizarlo como ariete frente a un partido fascista autóctono cuya sujeción a los dictados político-estratégicos de Berlín no siempre eran satisfactorios. Lo sorprendente, y expresivo de las limitaciones del proyecto, fue el instrumento político-intelectual que escogió para llevar a cabo: el sacerdote vizcaíno Martín María de Arrizubieta Larrinaga (1909-1988).

¿Quién era realmente Martín de Arrizubieta? No es fácil reconstruir su biografía, pues la versión que él mismo transmitió de ella incluye amplias dosis de fabulación¹⁹. Nacido en Mundaka (Vizcaya), se formó como jesuita en las universidades de Comillas y Lovaina. Desde joven se interesó por el catolicismo social belga, y a su regreso al País Vasco Arrizubieta se sumó al movimiento nacionalista vasco. De hecho, de su época de estudiante en Lovaina ya datan algunos poemas de su autoría en euskara vizcaíno donde se alude a la figura de Sabino Arana en términos pseudos místicos: Arana se aparecía cual santo redivivo a un Arrizubieta aterido de frío en la oscuridad, mostrándole un futuro feliz en blanco, verde y rojo, los colores de la bandera vasca²⁰. Vinculado por un tiempo a la Asociación Vasca de Acción Social Cristiana (AVASC), agrupación socialcatólica cercana al nacionalismo vasco, Arrizubieta escribió igualmente varios artículos en el diario nacionalista Euzkadi sobre catolicismo social y la congruencia entre cristianismo y compromiso con las clases populares, siguiendo la estela de Lammenais, así como denunciando el totalitarismo que veía en el comunismo soviético²¹. Por la misma época, en 1935, intervino como orador en algunos actos públicos del PNV. Ello indicaba claramente su cercanía ideológica a este partido, aunque seguramente no se afilió al mismo²². Sus problemas para cumplir

¹⁹ Vid. una aproximación en Clotilde Olan, «Introducción», en: *Catálogo del fondo Arrizubieta de la Biblioteca Foral de Bizkaia*, Diputación Foral de Bizkaia, Bilbao, 1994, vol. I, pp. XIII-XVII. Una versión novelada de la biografía de Arrizubieta en Jon Juaristi, *La caza salvaje*, Madrid, Espasa, 2007.

²⁰ Vid. su poesía de juventud «Biotz-izketa», reproducida en José Ariztimuño (ed.), *Eusko olerkiak: Urretxua'ko Olerri Jaietarako eratu zan olerri gudara bidaldutako enatetik autuak 1933*, San Sebastián, Euskaltzaleak, 1933, pp. 76-78.

²¹ Vid. abundantes referencias en Joaquín Perea, *El modelo de Iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco (1918-1936)*, Bilbao, Instituto Diocesano de Teología y Pastoral/ Editorial Desclée de Brouwer, 1991, vol. III, pp. 1543-50 y 1617-19.

²² Cf. José María Tápiz, *El PNV durante la II República (organización interna, implantación territorial y bases sociales)*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 2001, p. 486.

con el preceptivo voto de castidad, sin embargo, le alejaron de AVASC.

Durante la guerra civil, Arrizubieta, capellán de una compañía de milicianos (gudaris) nacionalistas vascos, fue hecho prisionero por las tropas carlistas navarras de Franco. Su condición de sacerdote le salvó de la prisión o el fusilamiento, de modo que los requetés lo enrolaron como capellán en sus propias fuerzas, hasta que logra huir a fines de agosto de 1938 y se refugia en Francia. Allí se incorporó a la Legión Extranjera francesa y, según su propio testimonio, se sumó al Partido Comunista de España junto a varios españoles más de su compañía, convirtiéndose fervorosamente a un confuso credo que aunaba comunismo con nacionalismo vasco y un proyecto de confederación de repúblicas ibéricas para el futuro. El derrumbe de la línea Maginot en junio de 1940 convirtió en pocos días a Arrizubieta y su compañía (integrada en el XI Regimiento de la Legión Extranjera) en prisioneros de las tropas alemanas cerca de Verdún, y supuso para el cura vasco el comienzo de un deambular por varios campos de trabajo forzado para prisioneros en Alemania, donde se hizo pasar por francés una temporada y se integró en diversos comandos de trabajo fuera de los campos. A comienzos de enero de 1942, Arrizubieta, prisionero en un campo de prisioneros de Neubrandenburg, intentó tímidamente acercarse a los círculos nacionalistas bretones que colaboraban con el III Reich, dirigiéndose al nacionalista bretón Yann Fouéré, director del periódico *La Bretagne* –ferozmente antisemita y partidario de un regionalismo moderado, dentro de los cánones admitidos por el régimen de Vichy, y por lo tanto opuesto al independentismo sin matices del Parti National Bretón– y expresándole su solidaridad como nacionalista vasco en un momento en el que «*jamais nous sommes été si près de la Liberté! De la renaissance de nos peuples*», sugiriéndole que «*pourquoi [sic!], basques et bretons, ne luttons pas ensemble. L'union fait la force. Gora Euzkadi! Breiz Atao!*»²³. No sabemos si tal gesto tuvo alguna consecuencia. Pero era indicativo de que, en ese momento, Arrizubieta no hacía ascos a algún tipo de colaboración con el III Reich en nombre de sus ideales nacionalistas. Por entonces, a fin de cuentas, existían contactos aislados entre algunos nacionalistas vascos peninsulares refugiados en Francia y círculos cercanos a la administración alemana de ocupación en París, cuyo máximo exponente hasta la primavera de 1942, el doctor Werner Best, no ocultaba una predisposición favorable a tratar de modo específico a bretones y vas-

²³ Carta postal de Martín de Arrizubieta a Yan Fouéré en Rennes, Stalag II A Neubrandenburg i. Mecklemburg, 09/01/1942 (Centro documental *Irargi*, Archivo Histórico del Gobierno Vasco, Fondo Beyris, P. 4 / 1-1).

cos dentro de un proyecto de reordenación étnica de Europa bajo la égida alemana. Sin embargo, los máximos dirigentes del PNV no llegaron a pacto o compromiso alguno con los nazis²⁴.

Más tarde, el cura de Mundaka fue trasladado junto con otros sacerdotes prisioneros al campo de Heinkel (Rostock), pero fue descubierto por prisioneros petainistas franceses y denunciado a la GESTAPO. Sin embargo, consiguió eludir el fusilamiento y ser enviado a trabajar en una fábrica en abril de 1942, donde volvió a enemistarse con los oficiales partidarios de Pétain. Según su propio testimonio, Arrizubieta descubrió que para salvar el pellejo debía fingir ser partidario del III Reich y hasta simular ser espía franquista. En noviembre de 1943, el jesuita Francisco de Echeverría, profesor en la Universidad de Comillas, visitó a Arrizubieta, que entonces trabajaba en una granja como obrero civil prisionero, y gracias a sus influencias le consiguió un mejor destino como oficinista en la ciudad de Stettin, donde se instaló en enero del año siguiente. Y desde allí fue llamado a Berlín en septiembre de 1944, pues Echeverría intercedió por él ante Wilhelm y Edith Faupel²⁵. El influyente matrimonio le liberó, se lo llevó al IAI y le encomendó la tarea de reflotar el antiguo órgano de información para los trabajadores españoles en Alemania, Enlace, periódico que había sido editado desde 1942 por la comisión encargada del control de las actividades de los obreros españoles en el Reich, y cuya cabecera había sido comprada por Faupel después de asumir sus deudas. Pero, eso sí, desvinculándolo totalmente de la delegación territorial para Alemania de FET-JONS e imprimiéndole una línea ideológicamente diferente y, además, abiertamente crítica con el régimen franquista.

Ello acabó por provocar la ruptura de los promotores de Enlace con las autoridades diplomáticas españolas y la delegación del partido único falangista en Alemania²⁶. La línea radical que adoptará Enlace causará igualmente el asombro y la alarma de las autoridades diplomáticas españolas. Aun así, el periódico fue leído y recibido por un público lector variopinto que, por lo que sabemos, se componía en los meses agónicos del III Reich de tres sectores: alemanes que sabían castellano, muchos de ellos antiguos emigrantes en Latinoamérica; trabajadores españoles en Alemania, buena parte

²⁴ Cf. Ludger Mees, *El profeta pragmático. Aguirre, el primer lehendakari (1939-1960)*, Irún, Alberdania, 2006, pp. 41-64, así como S. de Pablo, L. Mees y J. A. Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, II: 1936-1979*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 109-13.

²⁵ Carta-memorándum de Martín de Arrizubieta a Javier de Landáburu, Roma, 04/05/1946, en: Archivo Histórico del Nacionalismo Vasco [AHNV], Artea (Vizcaya), A-228 / 1-8.

²⁶ Informe del embajador español en Berlín, 07/12/1944, en AMAE, R-2299, Exp. 3.

de los cuales eran antiguos refugiados republicanos; y soldados españoles enrolados en la Wehrmacht y en las Waffen SS.

El propio Arrizubieta, en el memorándum que dirigió desde Roma al PNV en mayo de 1946 con el objeto de solicitar un pasaje para exiliarse en México, intentó presentar su curiosa andadura como una pura y simple necesidad de supervivencia, además como una sofisticada manera de sembrar la confusión y la división entre los adeptos al franquismo, mediante la prédica de una suerte de maximalismo antifranquista dentro del campo falangista, creando una situación favorable para la obtención de la libertad de Euskadi²⁷. Mucho de eso, sin duda, había: pura búsqueda de supervivencia, adaptándose como podía a las circunstancias y vendiendo su talento oratorio y periodístico al mejor postor. Pero también era cierto que existían algunos condicionantes doctrinales que convierten el salto al nazismo en una opción relativamente coherente con su biografía. El sacerdote vasco reconocía aún en 1946 el haber admirado a Hitler, pese a estar convencido de tener que combatirlo en 1940 «porque a la fuerza sólo se le vence con la fuerza», y conocer bien entonces «el hitlerismo y el rossenberguismo». También era verdad que Arrizubieta era un personaje culto e inquieto con tendencia al retoricismo, y que había dado ya los suficientes tumbos en su itinerario desde el catolicismo social al comunismo, con un fondo de aranismo radical (y, por lo tanto, de racismo «tradicional» cuya base era profundamente hispana, en el fondo) como para que el salto circunstancial a un nazismo colaboracionista español no fuese tan extraño como a primera vista pudiese parecer. Los ingredientes (relación entre nación y clase obrera, imbricación de su aranismo primigenio en un proyecto de reforma social...) ya estaban presentes en Arrizubieta de modo separado. Además, su manejo de los conceptos ideológicos básicos del nacionalsocialismo era lo suficientemente fluido como para suponer que nos encontramos ante algo más que una mera mascarada discursiva. Y aun en el caso de que se tratase de una mascarada, sus efectos sí podían tener algún eco entre los destinatarios. Pues, por otro lado, y como agudamente notaba el embajador español en Berlín en diciembre de 1944, como buena parte de los españoles fieles al régimen franquista estaban abandonando el III Reich a marchas forzadas, previendo el desplome final, sólo le quedaba a Faupel intentar ganar para su causa a muchos de los «españoles rojos» –Rotsparier– que seguían residiendo como trabajadores en la Alemania nazi, además de las decenas de aventureros que vestían, o volvían a vestir, el uniforme de la Wehrmacht.

²⁷ Memorándum de Arrizubieta a Landáburu, 04/05/1946, ya citado.

De hecho, como veremos, algunos de los mimbres con los que elabora el particular nazismo español reflejado en Enlace debían bastante a la formación ideológica anterior de Martín de Arrizubieta. En particular, a la hora de verse obligado a intentar teorizar algo parecido a un racismo biológico como componente de ese nuevo fascismo español, racismo biológico que salvo en formulaciones muy aisladas estaba ausente en el fascismo hispánico. Por otro lado, tanto su insistencia en el nacionalismo como auténtico soporte de la cultura de Europa, en la personalidad perenne de los pueblos de Europa (dejando un tanto en la nebulosa qué pueblos eran esos), como en particular su reasunción del mito fuerista que presentaba a los vascos como el auténtico pueblo fundador y definidor de España, parecen indicar que nos hallamos ante una readaptación de materiales anteriores refundidos en un nuevo recipiente. El énfasis anticlerical en la independencia de la religión católica como precondition para la consecución de un auténtico fascismo revolucionario español se justifica en el supremo interés de la nación, que se ha de ver libre de la injerencia del Vaticano. Y el componente social-revolucionario, que es omnipresente en todo fascismo y también en el ultrafalangismo coetáneo, tenía en este caso mucho del socialcatolicismo anterior, aderezado ahora con una retórica obrerista.

Pero había algo más. La práctica clientelar del IAI, al subvencionar igualmente a antiguos combatientes republicanos que eran trabajadores extranjeros en el III Reich, se correspondía plenamente con los propósitos enunciados más de una vez por algunos jefes nazis, empezando por el propio Hitler, que incidían en la necesidad para el fascismo español de ganarse a las masas obreras adeptas al bando derrotado en la guerra civil para apropiarse de su sentido revolucionario. El Führer nazi llegaba a considerar, ya en 1942, que los exiliados republicanos que trabajaban en la Organización Todt eran auténticos revolucionarios, que deberían unirse con lo que quedaba de la Falange primigenia para tomar el poder en España y expulsar a clericales y monárquicos²⁸. Por ello, Enlace también insistirá en la necesidad de refundar el fascismo hispánico sobre la base de la comunidad nacional. Así, derechas e izquierdas hallarían una causa común en nombre de la patria y la revolución. Razón por la que el periódico pondrá especial énfasis a los contados casos de «conversiones» al nazismo de antiguos combatientes republicanos enrolados en su día en el Servicio de Trabajo Obligatorio Fran-

²⁸ Vid. *Las conversaciones privadas de Hitler*, introducción de Hugh Trevor Roper, Barcelona, Crítica, 2004, 411-12 y 415-16 (entrada del 07/06/1942), y p. 451 (entrada del 07/07/1942).

cés, más tarde destinados a Alemania por los nazis y que se convencerían de que el III Reich era la auténtica patria de los trabajadores²⁹. Se trataba de superar la división de la guerra civil en un nuevo ideal, la comunidad nacional que devenía sujeto de la revolución, de modo que en el Nuevo Orden se conseguiría una «justicia social absoluta, que será la exaltación del cuarto estado social, el proletariado, a la vida activa y consciente de las comunidades nacionales»³⁰.

EL «FALANGISMO NACIONALSOCIALISTA»

El editorial del primer número de la segunda época de *Enlace*, en septiembre de 1944, redactado como todos los demás por Arrizubieta, resumía sintéticamente la nueva orientación del periódico. En él, se afirmaba que la guerra enfrentaba por un lado a los sin patria, «mesnadas de usureros, agiotistas y estraperlistas», «los trotamundos y judíos errantes que cambian de apellido como de vestido», frente a los que luchan para que en Europa se reinstaure la nación, «que es la sangre y es la raza», pero que además combaten para «reintegrar el obrero a la nación y desproletarizarlo nacionalizándolo». Los españoles, en esa hora crucial, deberían seguir el aliento de su raza ibera, aquella que tendría en los vascos su depósito y reserva inagotable, y que mantuvieron el deseo de libertad nacional «siempre inextinguible [en] la hoguera de los plenilunios y el irrintzi», así como su ancestral lengua, el euskara, asimilada sin más al antigua habla de los iberos. En ese sustrato racial tendría sus raíces su nacionalismo español. Pues «la nación es la raza, la sangre que corre por nuestras venas [...]. Y cuando una actuación colectiva o individual está inspirada por el sino racial el destino corona siempre su éxito». El rosario de efemérides patrióticas hispanas (el 2 de mayo de 1808, el Cid Campeador, la batalla de Covadonga...) no sería sino una continuación de ese designio racial determinante³¹. El nacionalismo, con su diversidad etnolingüística, sería la «expresión genuina de los pueblos arios de Europa», como se vería en las diferentes nacionalidades que combatían codo a codo con la Wehr-

²⁹ Caso del exiliado republicano Adolfo González Almenara, quien, movilizado a la fuerza como trabajador en el Reich por los ocupantes alemanes después de haber servido en las compañías de trabajo obligatorias francesas, resolvió combatir por la «nueva Europa» al lado de Alemania, pues en este país se habría convencido de que los nazis eran los «verdaderos defensores del trabajador». Vid. carta de Adolfo González Almenara a Martín de Arrizubieta, Kratzan, 07/01/1945, en GStA, I. HA 218/586.

³⁰ Eduardo Pérez-Yebra, «Política y guerra», en: *Enlace*, III: 18, 23/11/1944, pp. 3-4.

³¹ Editorial, «La voz de la raza», en: *Enlace*, III: 12, 10/09/1944, p. 1.

macht. Enfrente de ellas se situaban las hordas del internacionalismo judío. Y esas hordas no se detendrían en los Pirineos, como ilusoriamente creería el régimen de Franco. Por ello, «la patria de Numancia y Sagunto, Guzmán el Bueno y Agustina de Aragón, rinde y rendirá siempre un homenaje de admiración y adhesión al heroísmo nacionalsocialista»³².

Esa declaración de principios marcaba de entrada cuál sería una de las preocupaciones de *Enlace*: reavivar el antisemitismo tradicional hispano y destacar el peligro de la «cuestión judía» en España. La ya tradicional tríada conspirativa de la masonería, el judaísmo y el comunismo es constantemente invocada³³, aludiendo para ello a textos y citas de pensadores tradicionalistas hispánicos, principiando por Juan Vázquez de Mella. Reconocía, con todo, que los conversos ibéricos, tras 1492, se fueron fundiendo en la «raza española». Ello hacía bien difícil el encontrar un sustrato racial puro libre de elementos semitas. Pero frente al judío diluido, existiría el judío construido por convicción. Ahora serían las logias masónicas quienes estarían embarcadas desde varios decenios en acometer la «recuperación judía de España», mediante la apología de los personajes judíos de la historia y del presente del país. Con todo, si los judíos de la península ibérica habían adoptado nombres españoles, y por lo tanto resultaba imposible catalogar los cruzamientos de árboles genealógicos al estilo de las leyes raciales nazis, ¿cómo identificar a aquéllos en el presente mediante el cálculo de porcentajes de sangre? *Enlace* no tendrá más remedio que recurrir a un conocido circunloquio: judío sería todo aquél que renunciaba a su patria en aras del internacionalismo, que a su vez no sería sino un disfraz del complot de la imprecisamente definida raza judía³⁴. Los voluntarios de la División Azul, ahora amigos de Alemania, habrían aprendido bien en sus estancias en el país o en los países bálticos, como Letonia, de los comerciantes nativos cómo los judíos y los bolcheviques habrían actuado de consuno³⁵. Pues en el judaísmo estaría el origen último del liberalismo, del capitalismo y del comunismo.

Sin embargo, *Enlace* no detallaba en términos más acordes con el pensamiento biológico nazi qué es un judío y qué la raza judía: ¿Sangre, cultura o religión? Mucho menos todavía aclaraba cuál era el fundamento último de la pretendida pureza racial hispánica. Para salir del embrollo, Arrizubieita echaba mano de su repertorio sabiniano. Y, curiosamente, acababa por

³² Editorial, «Escuela de sofistas», en: *Enlace*, III: 14, 01/10/1944, pp. 1-2.

³³ Vid. por ejemplo *Enlace*, III: 13, 17/09/1944, p. 3.

³⁴ «Los judíos españoles», en: *Enlace*, III: 12, 10/09/1944, p. 3.

³⁵ Eugenio Piñero, ex-combatiente de la DA, «Pensando en Letonia», en: *Enlace*, III: 16, 29/10/1944, p. 7.

aludir a la sangre, pero en un sentido si se quiere de cristiano viejo, y a un expediente bien conocido de un (ex?)nacionalista vasco como Arrizubieta: los apellidos como indicador de auténtico origen. Pero apellidos españoles, de hijodalgo. De modo que «la nación somos nosotros. Es nuestra sangre. Son nuestros apellidos. Es la España de los Gómez o los Pérez». A esa nación inmortal, enmarcada en un horizonte difusamente europeísta, se supeditaría en todo caso el Estado, afirmación un tanto ambigua para un nacionalsozialista e incluso para un fascista³⁶.

Los tópicos consabidos elaborados por el falangismo acerca de la España imperial, de la que se elimina toda alusión a la catolicidad (en el sentido dado a tal término pocos años antes por Ernesto Giménez Caballero) o a su carácter de campeón de la fe católica en los siglos XIV y el XVII se unían a un solo moderado llanto por el perdido imperio de América y el sueño por recomponerlo en Europa, temas que aparecen constantemente en las páginas de *Enlace*. Las causas de la decadencia imperial de España se retrotraen de modo sistemático al complot judaico-masónico y a las maquinaciones semitas, que estarían detrás del renovado poderío y ambición de los Estados Unidos y del mismo Roosevelt³⁷. Bien es sabido, con todo, que argumentos de ese tipo no eran en absoluto extraños en el pensamiento reaccionario español, y en la misma publicística antisemita hispánica, que invocó a menudo el peligro judío de modo retórico, aunque nunca llegó el antisemitismo a ser un eficaz mito movilizador por razones obvias³⁸. También se alude constantemente a buena parte de los mitos tradicionales de la historiografía nacionalista hispánica, y se incide en los mismos tópicos irredentistas –la obsesión por Gibraltar, por ejemplo, y el delirio antibritánico que se justifica con citas de pensadores católicos españoles como Jaime Balmes³⁹–que la prensa falangista, y la propia prensa de trinchera de la División Azul hasta 1944, habían repetido machaconamente.

Pero *Enlace* ya no se definía como falangista, pese a alabar la herencia de este movimiento y evocar con frecuencia a los fundadores de Falange Española como sus precedentes⁴⁰. Por el contrario, el órgano se autodenominaba claramente nacionalsozialista. Nacionalsozialista español, pero incluido en

³⁶ Editorial, «Socialismo europeo», en: *Enlace*, III: 20, 21/12/1944, pp. 1-2.

³⁷ Por ejemplo, R. Monzón Toledo, «Sobre la propaganda enemiga», en: *Enlace*. III: 16, 29/10/1944, p. 3.

³⁸ Sobre la retórica y contenidos antisemitas del fascismo español, vid. una buena síntesis en Gonzalo Álvarez Chillida, *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Madrid, Marcial Pons, 2002, sobre todo pp. 381-420.

³⁹ «Heraldos de España», en: *Enlace*, III: 12, 10/09/1944. pp. 1-3.

⁴⁰ «Democracia y crimen», en: *Enlace*, III: 16, 29/10/1944, pp. 1-2.

un amplio proyecto de Nuevo Orden europeo. Pretendía representar a los nacionalistas españoles que aspiraban a una síntesis de los bandos enfrentados en la guerra civil española mediante la conversión de la nación en sujeto de la revolución. Nacionalistas y socialistas, por lo tanto: «Nacionalistas porque amamos fanáticamente a España. Socialistas, porque abrigamos la firme y decidida voluntad de completar la revolución y liberar a España de teócratas y capitalistas». Frente a ellos se situarían los anglófilos, los monárquicos, los falangistas hipócritas que ahora negarían que Onésimo Redondo y José Antonio Primo de Rivera hubiesen sido fascistas... La superación del cisma de la guerra civil y la integración de los valores culturales y sociales de los vencidos, tema que también había aparecido en las formulaciones ultranacionalistas de los falangistas a comienzos de la década de los cuarenta⁴¹, sólo se conseguiría, según Enlace, mediante una efectiva y radical comunión de nacionalismo y socialismo, en la que el patriotismo laico y defensor de la superioridad de la nación sobre todos los órdenes de la vida y la sociedad serviría de elemento cimentador. Una fusión, en definitiva, del aliento de reforma del 14 de abril (de 1931) y del espíritu del 18 de julio (de 1936). Si el espíritu republicano debía renunciar al internacionalismo marxista, el del 18 de julio debía renunciar radicalmente al catolicismo. Para ello, el auténtico nacionalismo español, desmintiendo así a teóricos tradicionalistas como Víctor Pradera o García Morente, debía de ser aconfesional y renegar de la cosidetta «teocracia», un «seudonacionalismo que somete España a un poder espiritual extranjero». Masones, incluidos los jesuitas («masonería blanca, red esparcida por todos los países»), teócratas y comunistas estarían menoscabando el auténtico nacionalismo español⁴². El tajante anticatolicismo, también expresado en la nula evocación del carácter católico de los tiempos dorados del Imperio español, iba desde luego más allá de las formulaciones más tímidas en ese aspecto del ultrafalangismo coetáneo, y llevaba las formulaciones de Ledesma Ramos a sus últimas consecuencias. Pues, si para Laín Entralgo pocos años atrás sólo siendo falangista se podía ser católico y español a un tiempo, para Enlace el ser fascista y español obligaba no sólo a situar la razón de Estado y la moral patriótica a ella asociada por encima de la moral religiosa, sino también a renegar del catolicismo por ser, en última instancia, anacional, sujeto a un poder extranjero.

Ese énfasis en una suerte de reconciliación nacional-socialista, llevaba también a Enlace a publicar con frecuencia llamamientos a los refugiados republicanos que trabajaban en Alemania para renegar de los angloamericanos,

⁴¹ Vid. Ismael Saz, *España contra España*, pp. 250-65.

⁴² Editorial, «Raza y Revolución», en: *Enlace*, III: 15, 15/10/1944, pp. 1-3.

y unirse con los «azules» para combatir a los enemigos seculares de España (dejando claro, eso sí, que ese llamamiento excluía a los «asesinos»)⁴³. Pues los nacionalsocialistas españoles también reclamarían una herencia curiosa: la de los heterodoxos de la historia hispánica, que desde el extranjero, como el regeneracionista Ángel Ganivet o Miguel Servet, descubrieron la patria desde fuera y apreciaron que la verdad era inmutable, opinasen lo que opinasen los del interior: «Por eso nosotros somos nacional-socialistas»⁴⁴.

Ahora bien, en aquella hora, y dado que los gobernantes de España, y Franco en primer lugar –a quien, caso inédito en la prensa fascista española, se le dedicaban ácidas e irónicas críticas por su viraje moderadamente proaliado–⁴⁵, estaban siendo infieles al legado de los mártires falangistas, del 18 de julio y de los caídos de la propia División Azul, el destino de los españoles combatientes al lado del III Reich estaba ligado al del «heroico pueblo alemán» en derechos y deberes. Los propios mitos de combate forjados por la publicística de combate de la División Azul, que más bien hacían de derrotas o resistencias numantinas mitos palingenésicos –la defensa de Possad en noviembre-diciembre de 1941, la caída de la llamada «posición intermedia», la «epopeya» suicida de la llamada compañía de esquiadores a través del Lago Ilmen en enero de 1942, la contención de la ofensiva soviética de Krasnij Bor en febrero de 1943...–, y la sangre de sus más de cuatro mil caídos⁴⁶, eran invocados para sellar de modo eterno la amistad entre España y Alemania. Los muertos en el frente ruso eran un testimonio español de su presencia en la guerra decisiva, continuando con las gestas heroicas de Sagunto, Numancia o el Alcázar de Toledo. Por ello, el porvenir de Europa y de la humanidad entera estaba indisolublemente unido al «destino alemán», para evitar que se extendiese el comunismo, asimilable al «internacionalismo judío-masónico» y aniquilase al bando del nacionalsocialismo, al que se debían sumar todos aquellos que deseaban que persistiesen las naciones de Europa⁴⁷. Naciones entre las que, sin embargo y para sorpresa de cualquier nacionalsocialista germano, no se establecía jerarquización racial o cultural alguna de modo explícito. Hasta los pueblos eslavos, principiando por el ruso, tendrían su lugar dentro de ese Nuevo Orden si se libraban del influjo pernicioso del judaísmo y el comunismo, lo

⁴³ García, sindicalista, «La voz de un refugiado», en: *Enlace*, III: 16, 29/10/1944, p. 4.

⁴⁴ Editorial, «La Verdad», en: *Enlace*, III: 18, 23/11/1944, p. 1.

⁴⁵ «Palabras del caudillo», en: *Enlace*, III: 18, 23/11/1944, p. 2.

⁴⁶ Vid. por ejemplo «Nunca traicionaremos a nuestros muertos», en: *Enlace*, III: 18, 23/11/1944, p. 3.

⁴⁷ Vid. el escrito firmado por varios ex-combatientes de la División Azul, «Nuestra posición», en: *Enlace*, III: 17, 08/11/1944, p. 3.

que parecía una confirmación más del diferente Feindbild que acerca de Rusia y los pueblos eslavos se había forjado en el «divisionismo» falangista, con pocas excepciones⁴⁸.

Pero Alemania, eso sí, estaba llamada a ser de nuevo el «núcleo señero de Europa», su «fanal y luminaria», por haber sido el primer pueblo de la vieja Europa capaz de comprender el significado del Nuevo Orden y por contar con el genio que lo concibió y lo ejecutará, Adolf Hitler. En aquel momento difícil, un parto de sangre producto del sufrimiento de pueblos enteros certificaría el triunfo del genio político que era el líder nazi, equiparado en su trascendencia a figuras hispánicas (y no sólo españolas) como el general Moscardó (defensor del Alcázar de Toledo en 1936), Simón Bolívar, José de San Martín, Agustina de Aragón o el alcalde de Móstoles en 1808 que se rebeló contra la invasión napoleónica. Pues Adolf Hitler defendería la independencia de Europa, pero también de los pueblos del continente con el fin de unificarlos, propósito que lo haría comparable nada menos que a los libertadores americanos⁴⁹.

Los enemigos de Alemania, por tanto, serán los enemigos de España: la infernal y consabida tríada de judaísmo, bolchevismo y capitalismo. Y si Alemania caía, toda Europa caería con ella⁵⁰. En el más puro estilo del vitalismo e irracionalismo fascista, del culto a la violencia y a la acción, ese parto de sangre sería en parte el producto del sacrificio de una generación esforzada que sabía comprender las necesidades de su tiempo y estaban dispuestos a seguir al líder providencial, curtidos en la lucha guerrera y en la más callada y anónima de la gran industria. Hombres como los franceses Jacques Doriot o Marc Augier, el valón Leon Degrelle, la legión rusa de Vlasov y un largo etcétera. Citando al paladín de las juventudes nazis Baldur von Schirach, Arrizubieta se dirigía pletórico a una juventud con aire castrense, reencarnación de las viejas órdenes militares, que morían por la mística de un ideal y por la redención de Europa, así como por la pervivencia de las nacionalidades del Viejo Continente, «piedra sillar y germen de orden», dentro de una concepción de Estado totalitaria y socialista, combinada con política racial⁵¹. En cambio, la retirada alemana, como se vería en Grecia,

⁴⁸ Para más detalles, X. M. Núñez Seixas, «¿Eran los rusos culpables? Imagen del enemigo y políticas de ocupación de la División Azul en el frente del Este, 1941-1944», en: *Hispania*, 226, 2006, pp. 695-750.

⁴⁹ Eduardo Pérez-Yebra, «Política y guerra», en: *Enlace*, III: 18, 23/11/1944, pp. 3-4; Editorial, «La Voz de Europa», en: *Enlace*, IV: 2, 13/01/1945, pp. 1-2.

⁵⁰ «Por qué somos soldados de Europa», en: *Enlace*, IV: 6, 12/03/1945, p. 1, o «Los enemigos de Alemania son nuestros enemigos», en: *Enlace*, IV: 7, 19/03/1945, p. 1.

⁵¹ «La nueva generación», en: *Enlace*, III: 19, 07/12/1944, pp. 1-2; Eduardo Pérez-Yebra, «El porqué de esta guerra», en: *Enlace*, III: 20, 21/12/1944, p. 3.

pero también en la Italia postmussoliniana, traería consigo la guerra civil y el desorden, y particularmente la caduca lucha entre viejas concepciones del mundo (comunismo y monarquismo...)»⁵².

En el fondo, se trataba en buena parte de la prototípica y codificada apelación al europeísmo del Nuevo Orden, en el que se incluía la idea de «cruzada» europea contra el bolchevismo. Discurso utilizado con profusión por el aparato de prensa y propaganda nazi desde la invasión de la URSS, y cuyos efectos propagandísticos fueron mucho mayores que su coherencia discursiva interna⁵³. El judaísmo, aliado del comunismo y enemigo de la supervivencia de las naciones de Europa, que ya había sometido a los EE.UU., Gran Bretaña y la URSS, era presentado como un agente destructor de la civilización del continente, incluyendo sus raíces cristianas⁵⁴. Estas jaculatorias, con todo, llegaron a ganar a través de formulaciones algo más elaboradas y tan variadas como la buena voluntad de sus receptores numerosos adeptos entre las intelligentsias colaboracionistas y fascistas de varios países europeos, ocupados o no. Estas últimas amoldaban el vago europeísmo nazi a sus propias cosmovisiones ideológicas, desde las que insistía en el concepto del «Occidente cristiano» hasta la «Nueva Catolicidad» mediterránea o el resurgir del antiguo Imperio sacro-germánico. Así se aprecia sin ir más lejos en la publicística española alrededor del «Nuevo Orden», fuese en su versión totalitaria o en su versión nacionalcatólica de defensa de la Europa católica y eterna⁵⁵. Propaganda y argumentos que tuvieron una traducción inmediata en las convicciones y motivaciones de numerosos voluntarios de la División Azul, y particularmente en su prensa de trinchera⁵⁶. Pero que también serán omnipresentes en las páginas de Enlace, especialmente en las colaboraciones escritas por combatientes españoles en las filas de la Wehrmacht y las Waffen SS, o bien sugeridas por la sección de propaganda del Alto Mando de la Wehrmacht, interesada sobre todo a partir de fines de 1943 –al igual que las Waffen SS, involucradas desde entonces en su conversión en una suerte de «ejército europeo»– en resaltar el carácter europeo de la lucha anticomunista y en reclutar voluntarios de todo el continente, en un

⁵² «¿A dónde vas Europa?», en: *Enlace*, IV: 1, 06/01/1945, pp. 1-2.

⁵³ Vid. el clásico Paul Kluge, «Nationalsozialistische Europaideologie», *Vierteiljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3, 1955, pp. 240-70; así como Rafael García Pérez, «El proyecto continental del Tercer Reich», en: *Revista de Estudios Políticos*, 87, 1995, pp. 259-83.

⁵⁴ Vid. por ejemplo el folleto *La Croisade de l'Europe contre le bolchévisme*, s. ed., s. l., s. f. [1942].

⁵⁵ Vid. Rafael García Pérez, «La idea de la «Nueva Europa» en el pensamiento nacionalista español de la inmediata postguerra 1939-1944», en: *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 5, 1990, pp. 203-40.

⁵⁶ Se pueden encontrar numerosos ejemplos coetáneos en la prensa de trinchera de la División Azul. Por ejemplo, Juan Castro Rial, «Por una España mayor en una Europa más justa», en: *Hoja de Campaña*, 20, 23/03/1942, p. 1.

esfuerzo ya desesperado.

En consonancia con el nuevo mensaje «nacionalsocialista» español, *Enlace* va a adoptar un –en apariencia– fuerte tono obrerista, mucho más acentuado que el que mantenía el periódico en su primera época, cuando precisamente se dirigía a los trabajadores españoles en el Reich. Desde el número 17 (08/11/1944), el periódico pasó a dedicar una sección específica a los problemas del trabajo, titulada de modo provocador «Mundo obrero» (como el órgano del PCE español), con un símbolo copiado directamente del *Deutsche Arbeitsfront* (DAF) alemán (un martillo y una guadaña cruzados sobre una rueda de dientes) y continuas citas del líder nazi del DAF Robert Ley en grandes titulares. Sin embargo, en sus contenidos no primaba tanto la información sindical o la relativa a los derechos de los trabajadores como el énfasis propagandístico en la identificación entre comunidad nacional y clase obrera. Sólo el nacionalsocialismo español reconocería al obrero como individuo con dignidad humana, incorporado al común cuerpo de la nación y en igualdad de derechos y deberes con el resto de connacionales. Por ello, «somos los únicos revolucionarios», afirmaba *Enlace*, frente al estilo «materialista y mercantil» de capitalismo y comunismo⁵⁷. La revolución europea y la consecución de la justicia social estarían íntimamente vinculadas, mientras que el capitalismo angloamericano, el comunismo y la «ambición judaica de dominio universal» perseguirían la anulación de la dignidad y los derechos obreros. Ahora bien, ese socialismo nacional, cuyo horizonte sería europeo aunque con centro en Alemania, también garantizaría un «orden de propiedad», canalizaría el progreso técnico y científico, entronizaría la dignidad de la familia como célula de la nación y la comunidad, y haría de todos los «productores» miembros activos de la comunidad nacional, en cuyo seno cada elemento encontraría su lugar, desde el obrero al intelectual y el profesor universitario, cuya pluma debería estar al servicio de la nación y la nueva Europa⁵⁸. El campesinado, finalmente, tendría un lugar especial en ese diseño como «fuente de la pureza racial de la nación, y [...] verdadera aristocracia», al igual que la ciencia y la técnica. Sin embargo, a la hora de detallar programas concretos para modernizar la economía y el sistema productivo español, el flamante nacionalsocialismo hispano no encontraba más solución que volver a las fórmulas regeneracionistas de principios de siglo: Joaquín Costa y su programa de «escuela y despensa»⁵⁹.

¿Y quién dirigiría esa idílica comunidad nacional? Los más capaces, gracias a una selección natural. Empero, sólo los pueblos jóvenes y dinámicos,

⁵⁷ «Obreros como mercancía humana», en: *Enlace*, III: 18, 23/11/1944, p. 4.

⁵⁸ «Misión del escritor», en: *Enlace*, IV: 5, 03/02/1945, p. 1.

⁵⁹ García, sindicalista, «España para los españoles», en: *Enlace*, III: 17, 08/11/1944, p. 4.

etnológica y racialmente puros y amantes de la tradición podrían configurar esas comunidades nacionales ejemplares, sostendrá Enlace⁶⁰.

Ahora bien, esa España inmortal de raza y amante de la tradición, expresada en el sabiniano molde invertido de los apellidos, no era necesariamente una España monolingüe o culturalmente homogénea. Nada de eso: si la raza es lo que importa, el idioma o idiomas y la cultura material de esa raza no parece ser lo primordial. En ningún momento se recogen en el discurso pergeñado por Enlace los mitos castellanistas típicos del nacionalismo español de tendencia reaccionaria. Mucho menos se alude al idioma castellano como elemento definidor de la nacionalidad. Ello, por cierto, tampoco era típico del ultranacionalismo falangista, donde existía aunque limitado un cierto margen para el reconocimiento de la pluralidad hispánica, sublimada en la idea misional de Imperio y de revolución nacional como garantes de la unidad. Pero tampoco se refugiaba Arrizubieta, como sí lo hacía José Antonio Primo de Rivera, en aquella idea misional de nación, es decir, en el orteguiano proyecto común, rebautizado como unidad de destino en lo universal. Por el contrario, Arrizubieta sí que bajaba a la tierra, la sangre, los muertos y la tradición, todo aquello que despreciaba el fundador del fascismo español por apelar a instintos primarios y afectos poco espirituales, y que temía porque supondría perder la batalla contra los nacionalismos sin Estado⁶¹. Con ese fin, el cura vizcaíno introdujo de rondón en el fascismo español el mito fuerista que presentaba a los vascos y su idioma milenario como quintaesencia y reserva racial de la España eterna, libre de contaminaciones raciales y culturales, lo que acarreaba al periódico la extraña consideración de portavoz nacionalista vasco para los diplomáticos españoles en Berlín como para algún historiador poco familiarizado con las interioridades del pensamiento político español. Y también dejaba en Enlace una puerta abierta a la diversidad etnocultural y particularmente lingüística de España. Así, el periódico no tenía reparos en publicar villancicos en euskara, gallego o catalán, como así hacía en el número de Navidad de 1944. Tampoco lo tenía en insertar algunos saludos y frases en euskara y catalán en la sección de correspondencia con combatientes españoles en el frente que fuesen vascos o catalanes, saludos en los que además de alentarles a seguir luchando por el Nuevo Orden se podían encontrar frases como «Viva España y Euzkalerría.

⁶⁰ «Socialismo europeo», en: *Enlace*, III: 20, 21/12/1944, pp. 1-2.

⁶¹ Vid. Julio Gil Pecharrormán, *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 304-10; Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003, pp. 822-23 y 846-55; e Ismael Saz, *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004, pp. 265-76.

Ikusi Arte»⁶². Parecía volverse, curiosamente, a aquella suerte de pluralismo regional de tono imperial hispánico, fermento de la unidad, que había anidado en las JONS y en la propia Falange⁶³.

Igualmente, el énfasis en los pueblos y nacionalidades de Europa, sustratos raciales primigenios del continente, se envolvía en ocasiones en un manto de cierta ambigüedad, en la medida en que no se aludía explícitamente a los Estados-naciones consolidados ya existentes, y se destacaban algunos ejemplos –los valones, los eslovacos, etcétera– de nacionalidades europeas cuya «liberación» habría venido de la mano del nacionalsocialismo alemán. Aunque nunca va más allá de modo explícito, Arrizubieta parecía dejar –con o sin consentimiento de sus mentores alemanes– una pequeña rendija abierta a que el sujeto nacional participante de ese nacionalsocialismo europeo no fuese necesariamente España. Y, en todo caso, imprimía a ese nacionalismo pretendidamente racial un sesgo ambiguamente plural, que no es de extrañar que no gustase nada a las jerarquías diplomáticas franquistas.

ULTRAFALANGISTAS POR EUROPA

¿Tenía este mensaje un público, tenía unas masas, aunque sólo fuesen unos cientos de españoles expatriados, detrás de él? ¿Hasta qué punto compartían los postulados de Enlace el medio millar de combatientes que luchó con el ejército alemán, la colonia de trabajadores españoles que aún permanecía en Alemania desde fines de 1944, y de modo más general los falangistas radicales que desde España veían con simpatía el esfuerzo de guerra alemán, o buena parte de los ex-combatientes de la División Azul? Tanto Miguel Ezquerro, capitán conguense que participó al frente de una pequeña unidad de españoles en la defensa de Berlín, como otros ex-divisionarios reconvertidos en soldados de la Wehrmacht y las Waffen SS cuyas memorias fueron publicadas en España tras su vuelta del cautiverio soviético en 1954, presentaron su lucha como una continuación sin más de los ideales por los que habían tomado las armas el 18 de julio de 1936 o en junio de 1941: anticomunismo, lucha por la nueva Europa cristiana y la civilización occidental, defensa de los ideales primigenios de la Falange fundacional y del legado de los «mártires» falangistas. Todo ello combinado con un cierto toque de afán de aventuras

⁶² Vid. *Enlace*, III: 20, 21/12/1944, p. 3; «Amigos de *Enlace*», en: *Enlace*, III: 15, 15/10/1944, p. 6.

⁶³ Ucelay-Da Cal, *El imperialismo catalán*, pp. 842-45.

e inconformismo generacional⁶⁴. Algo, por lo demás, que constataban en buena medida los oficiales alemanes encargados de las redes clandestinas de reclutamiento y acogida en el Sur de Francia a los voluntarios españoles que conseguían cruzar clandestinamente los Pirineos⁶⁵.

Una muestra de la correspondencia recibida por Martín de Arrizubieta, como redactor de *Enlace*, de trabajadores españoles en Alemania y de combatientes españoles en la Wehrmacht y las Waffen SS entre noviembre de 1944 y marzo de 1945 sugiere igualmente que, para la mayoría de ellos, no existía gran diferencia entre el falangismo y el anticomunismo que en 1936 y en 1941 les habían llevado a tomar las armas, y el deseo presente de luchar en las fuerzas armadas alemanas. Eso sí, sus continuas invocaciones al destino de Europa y al anticomunismo feroz, así como al falangismo originario, nos los presenta como fieles seguidores del ultranacionalismo falangista primigenio. Pero nada sugiere que asumiesen en su literalidad, ni mucho menos en su contenido, el confuso «nacionalsocialismo» hispánico predicado por Faupel y Arrizubieta⁶⁶. Estos ejemplos, y otros más, sugieren que no se registró conversión alguna a un nacionalsocialismo español diferente del ultrafalangismo ya conocido, en ninguna de estas posturas. Más bien, podemos aventurar que esos lectores seguían interpretando el periódico *Enlace* y el mensaje a ellos dirigido a través del tamiz de su bagaje doctrinal anterior, conformado en la mayoría de los casos por unas ideas-fuerza simples, pero efectivas. De hecho, algunos de los suscriptores de *Enlace* polemizaron por escrito con Arrizubieta por estar disconformes con sus diatribas anticatólicas, argumentando que el catolicismo pertenecía a la auténtica tradición nacional española⁶⁷.

Más bien apreciamos una tónica ya constatada en las motivaciones de muchos, quizás la mayoría, de los voluntarios españoles enrolados en la División Azul tres años antes. La participación junto al ejército alemán, o dentro de él, en lo que se percibía como una épica lucha entre el comunismo y el

⁶⁴ Vid. Miguel Parrilla, «Pedro Portela Ovalle. Un combatiente europeo superviviente del asalto al tren de repatriados en Chambéry - Alto Saboya», en: *Boletín Informativo de la Hermandad Nacional de Sargentos Provisionales en los Tres Ejércitos y Guardia Civil*, 113, enero, 2002, pp. 7-16; Moisés Puente, *Yo, muerto en Rusia (Memorias del alférez Ocañas)*, Madrid, Eds. del Movimiento, 1954, pp. 16-22; y Ramón V. López Pérez-Eizaguirre, *En el abismo rojo: memorias de un español, once años prisionero en la U.R.S.S.*, Madrid, Rehyma, 1955.

⁶⁵ Transcripción de la conversación entre el coronel Rudolf Major, el comandante Umé (ag. Ausland - Abwehr) y el *Sonderführer* Keller (Sonderstab F), 05/08/1944, en: BA-MA, RW 5 / 431.

⁶⁶ Cf. numerosos ejemplos en GStA, I. Ha 318 / 586.

⁶⁷ «Amigos de *Enlace*», en: *Enlace*, III: 18, 23/11/1944, p. 6.

anticomunismo, entre el Bien y el Mal, entre la Europa civilizada y la barbarie pseudoasiática, no se concebía en términos raciales, ni daba lugar a una transformación de los contenidos de la matriz falangista original, es decir, de la forma de fascismo engendrada en España y típicamente hispana. La nueva «Falange nacional-socialista» que a decir del embajador español en Berlín querían fundar Faupel y Arrizubieta quedó simplemente en un calco más o menos afortunado de la propaganda nazi sobre el Nuevo Orden, trufado de referencias a la propia tradición fascista y contrarrevolucionaria hispánica, pero también como una muestra de las limitaciones que esa propia tradición imponía a un proyecto que se quisiese laico, fascista y totalitario en el que cupiesen el racismo biológico-genético, la identificación del Estado con la nación y se expulsase a la religión. Si el contexto agónico de lucha a muerte contra las «hordas» comunistas podía ofrecer el ambiente propicio para un mensaje de tal naturaleza, sus bases sociales eran más que dudosas. Como mucho, algunos centenares de fanáticos falangistas, aventureros y simples luchadores por su supervivencia; algunos millares de obreros españoles en Alemania de los que buena parte eran Rotspanier, es decir, antiguos internados republicanos en campos de concentración franceses; y la simpatía más o menos implícita de algunos líderes de segunda fila e intelectuales falangistas y jonsistas de primera hora poco conformes con el rumbo que estaba tomando el régimen franquista. Buen ejemplo era precisamente el mismo Santiago Montero Díaz, cuyos derroteros posteriores, como los de buena parte de la intelectualidad falangista, les llevaron a romper con el franquismo y a acercarse a posiciones liberales en los años cincuenta.

Si la historia de un fascismo español acabó en tragedia, la repetición de esa historia acabó como una farsa envuelta en una tragedia. Wilhelm Faupel, como decenas de oficiales y dirigentes nazis de segunda y tercera fila, se suicidó con su mujer en su lujosa mansión del Wannsee antes de que los soldados soviéticos irrumpiesen en ella.

El rocambolesco Arrizubieta escapó de Berlín a pie a mediados de marzo de 1945 con documentación falsa. En Munich se alistó en una compañía de las Waffen SS, cruzó la frontera y se refugió en el Norte de Italia. En mayo de 1946 intentó sin éxito reintegrarse al movimiento nacionalista vasco en el exilio⁶⁸. Sin embargo, los dirigentes del PNV no se acabaron de creer la versión disculpatoria de Arrizubieta, según la cual su aventura berlinesa había tenido como único objeto sembrar divisionismo en el campo falangista⁶⁹.

⁶⁸ Memorándum de Arrizubieta a Landáburu, 04/105/1946, ya citado.

Martín de Arrizubieta volvió a España hacia fines de 1947 a través de un tío suyo, el dominico padre Larrinaga, quien le recomendó al entonces obispo de Córdoba, el feroz propagandista nacionalcatólico Albino G. Menéndez-Reigada. Este último le designó coadjutor de una parroquia y, hacia principios de los años cincuenta, lo ascendió a cura párroco de Santa Marina de Córdoba, en una barriada popular. El cura vizcaíno pasaría el resto de su vida, hasta su muerte en 1988, entre Córdoba y su Mundana natal. Pero se sumó a la órbita del Partido Comunista de España (PCE) en la clandestinidad desde fines de los años cincuenta, y frecuentó los círculos de intelectuales antifranquistas de la capital cordobesa. Igualmente, colaboró en iniciativas culturales y ensayísticas de carácter antifranquista, más o menos toleradas por su ropaje cultural y cristiano. En sus Notas sobre nacionalismo, conjunto de anotaciones manuscritas redactadas en los años finales de su vida, el nacionalismo esencialista vasco que todavía profesaba Arrizubieta afloraba claramente de nuevo, sumándose ahora a una genérica identificación con las aspiraciones de la clase trabajadora vasca. Ésta se uniría en aquella fase evolutiva al movimiento nacionalista, definido simplemente como una mera recuperación de la identidad etnocultural vasca, en una línea que partía desde el cura carlista Santa Cruz, pasaba por Sabino Arana y acababa en los militantes de ETA Txiki y Otaegi, ejecutados en las postrimerías del régimen franquista y cuya sangre fundiría las dos preocupaciones básicas de Arrizubieta: el socialismo y el nacionalismo. El ya senil sacerdote opinaba entonces que ETA no era sino el ejército patriota del pueblo vasco⁷⁰.

¿Había Arrizubieta simplemente invertido de nuevo el molde de su peculiar elaboración nacional-socialista, escribiendo ahora Euskadi donde antes escribía España? ¿O había alterado también en su confuso pensamiento las proporciones y significado último de los ingredientes originales? La falta de profundidad teórica de los escritos del cura vasco en la última etapa de su vida no permite ir mucho más allá, por lo que es una cuestión que, por ahora, podemos dejar abierta. Pero que también nos recuerda que, a menudo, las fronteras entre proyectos ideológicos con referentes nacionales de diferente signo son más fluidas de lo que parece⁷¹. Y que nos advierte igualmente de que el estudio de las derivas fascistas de ida y vuelta de personajes secun-

⁶⁹ Cartas de Martín de Arrizubieta a Francisco Javier de Landáburu, Sestri-Génova, s. f. (principios de 1947) y 15/11/1946, y París, 20/06/1947; carta de Landáburu a Arrizubieta, s. l., 12/12/1946 (AHNV, A-92/1-4 y A-94/1-4).

⁷⁰ Martín de Arrizubieta, *Notas sobre nacionalismo*, inédito sin fecha, hacia mediados de la década de 1980 (FA-BFV); entrevista en el programa *Saski Naski*, emitido por el centro regional del País Vasco de TVE en 1986.

⁷¹ Ucelay-Da Cal, *El imperalismo catalán*, 800-879.

darios en la historia del fascismo español desde posiciones ideológicas diversas y contrapuestas (en el doble eje izquierda-derecha y españolismo-nacionalismo periférico), nos pueden alumbrar mucho acerca de la cuestión que ocupa a la historiografía desde hace medio siglo: el definir mejor qué es el fascismo, en qué residió su atractivo para una parte de la intelectualidad y la juventud europea de su tiempo, y cuáles fueron los ingredientes que más peso tuvieron en su génesis. En este caso concreto, la interacción de imágenes y de discursos entre nacionalismos subestatales y nacionalismo español, como nos puede mostrar el caso de Enlace y de un personaje tan peculiar como Arrizubieta, intentó también ir más allá de las metáforas. Quiso buscar asimismo derroteros de combate, aunque a la postre fue la geopolítica y la evolución de la II Guerra Mundial lo que impuso que la empresa de Faupel y Arrizubieta no pasase de ser una anecdótica vía truncada en la historia del fascismo español.

Registro bibliográfico

NÚÑEZ SEIXAS, JOSÉ M.

«Berlín, 1944-45: Un proyecto de nazismo español», en: ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, año XVII, Nº 33, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2007 (pp. 31-57).